

João d'Almeida bajó las escaleras en un par de minutos. No lo hizo demasiado rápido ni demasiado lento. Simplemente seguía el ritmo que imponía a aquella actividad cada día, sin desviarse ni una décima de segundo de su objetivo. No quería correr porque no quería sudar. Odiaba sudar. Era ordinario. Pero no quería ir extremadamente lento porque no se quería perder la salida de Teresa Costa del bloque de despachos contiguo al suyo. Teresa Costa siempre salía cinco minutos después de las doce y media. No fallaba nunca. João d'Almeida tampoco. No se quería perder la vista del mejor culo de Lisboa. Teresa Costa había sido escogida *miss* Lisboa cinco años atrás e incomprensiblemente nadie se podía explicar cómo era posible que no hubiese ganado la final estatal del concurso de belleza, pero lo cierto es que solo consiguió quedar clasificada en cuarto lugar y el premio de *miss* fotogenia. Premios menores. Había ganado una chica de Madeira a quien todo el mundo consideraba demasiado exótica para representar la belleza portuguesa, y las finalistas habían sido dos brasileñas que se habían nacionalizado seis meses antes del concurso y que el público consideraba que tenían que ser descalificadas. Una lástima. O una suerte, pensaba João D'Almeida, así había tenido que mantener aquel trabajo de azafata de congresos en el edificio contiguo al suyo. Y así él podía contemplar cada día su culo cuando iba a comer.

Hacía calor. Era la temperatura más alta para a un 20 de mayo que recordaba. Los hombres del tiempo, en el informativo nocturno, explicarían que era el 20 de mayo

más caluroso desde el 2000. Y lo harían con aquella cara extasiada que ponen los hombres del tiempo cada vez que tienen que hablar del calor o del frío sabiendo que sus noticias estaban hechas para putear a la población. Exactamente diez años después se repetían los mismos parámetros climatológicos, como si se quisiera contradecir a los abanderados del cambio climático. Fuese como fuese, estaba haciendo un calor de cojones y la corbata roja ya empezaba a molestar. Pero el abogado João d'Almeida no se podía permitir el lujo de salir a la Avenida da República sin aquel signo de distinción. Al fondo brillaba el edificio del centro comercial Saldanha y aquello le recordó que al salir, a las seis, tendría que acercarse para comprar un libro para su hija, que hoy cumplía veinte años. Suerte que había una librería Almedina y que la madre de Sílvia le había pasado una lista de siete u ocho títulos que sabía que le hacían ilusión. Así era fácil hacer regalos. Se iba a tiro fijo, pero es que comprarle un libro a Sílvia a ciegas era demasiado complicado. Era la persona que más leía de todas las que conocía. Incluso más que su madre. Sonrió al ver el primer título de la lista, 2666, de Roberto Bolaño. Sí, sin duda se decidiría por aquel título.

Teresa Costa acudió puntual a la cita y el abogado pudo contemplar una vez más aquel culo que le volvía loco. A sus cuarenta y cinco años D'Almeida disfrutaba de una vida sexual mucho más que satisfactoria. Cada mañana, al llegar al despacho, tenía su media hora de sexo diaria con su secretaria. Luego bajaba a desayunar al bar de la esquina, café con leche, *bolo* de arroz y zumo de naranja. Hojeaba la prensa y encargaba a Manuel, el amo del establecimiento, lo que quería comer. Siempre almorzaba allí si no tenía compromisos laborales. Exceptuando los miércoles, que era el día que su mujer tenía clases a primera hora de la tarde y entonces aprovechaban y ella venía un rato antes y así podían comer juntos en un pequeño restaurante delante de la universidad donde a menudo comían otros compañeros y colegas a los que el matrimonio saludaba antes de decidirse por uno u otro plato. La profesora Rita

Gomes, especialista en literatura portuguesa contemporánea, casi siempre optaba por el pescado, el abogado D'Almeida variaba más en función de lo que había ido comiendo los últimos días en el bar de Manuel.

Teresa Costa subió en un Audi A-4 como cada día y se perdió Avenida da República abajo. El abogado giró para ir hacia el bar. Había reservado una dosis de chocos *a setubalense* y se le hacía la boca agua. Tanto que pensó que hacía mucho calor y demasiado tiempo que no iban a Setúbal a comerse los chocos a ras de mar después de un baño en la playa de la Península de Troia. Hoy que era el cumpleaños de Sílvia se lo propondría a ella y a Rita. Incluso podrían reservar plaza en uno de aquellos barcos a vela que hacen la excursión para intentar ver los famosos delfines del Sado, aquella especie endémica de mamíferos de agua dulce que según los ecologistas estaban en peligro de extinción. El abogado D'Almeida se había aprendido casi todas las costumbres de aquellas bestias dos años antes, cuando Sílvia le pidió que defendiese a una ONG ecologista contra una petrolera. Lo hizo encantado. Este tipo de casos son los que dan notoriedad a un abogado, y efectivamente así había sido. Había conseguido que la petrolera tuviese que gastarse un dineral depurando las aguas de la planta que tenían en Setúbal para que su actividad industrial no afectase a los delfines. Al principio había aceptado el caso por la fama y por complacer a su hija. Después les había acabado cogiendo estima a aquellas bestias. Sí, definitivamente había llegado el verano y aquello tenía que celebrarse de alguna manera.

El bar de Manuel hacía esquina con Visconde de Valmor. Había tráfico a aquella hora. Por eso el abogado D'Almeida no prestó demasiada atención a la moto que se acercaba por aquella calle a toda velocidad. A bordo de aquella CBR 600 iban dos chicos. Solo el de atrás disparó. Cinco tiros. Tres impactaron en la cabeza y el abogado D'Almeida murió en el mismo instante en el que su sangre salpicaba de forma brutal la pizarra que Manuel había colocado en la calle para atraer a posibles clientes hacia el local en el que

el plato estrella del día eran los chocos *a setubalense*. Nadie oyó los disparos. Adiós a todo tipo de actividad cerebral. Adiós a la vida. Los dos chicos se perdieron por Visconde de Valmor, tiraron la pistola con silenciador en medio de la Avenida da República y continuaron hasta la Praça de Espanha. Dejaron la moto suelta y con las llaves puestas y la ofrecieron a un tipo que había por allí y entraron al metro. Diez minutos más tarde les recogía una furgoneta en el Alto dos Moinhos y se iban hacia su refugio en el barrio de Benfica.

Los primeros en llegar al lugar de los hechos fueron dos policías municipales que se encontraban en la otra esquina controlando un atasco de tráfico provocado por la pérdida de una carga de bidones de aceite del Alentejo de un pequeño camión de reparto. Nadie había visto demasiado bien como había pasado pero era muy probable que la carga se hubiese desplazado simplemente porque el conductor había metido el coche en un agujero terrible que había abierto en medio de la calle y que seguramente debía hacer meses que estaba así por gentileza del Ayuntamiento de Lisboa, que había decidido añadir un poco de emoción a la vida cotidiana de sus conciudadanos. Cada día la misma historia. El caos circulatorio habitual de la ciudad se agravaba por el caos que provocaba la desidia municipal. Que no era desidia, sino falta de presupuesto. La ciudad se moría poco a poco y había llegado a un punto en el que estaba en un estado casi terminal.

Al llegar al lado de João d'Almeida la única cosa que pudieron hacer fue avisar a la ambulancia y a nuestros hombres. Cuando llegó el primer coche patrulla volvieron a su mancha de aceite y a su atasco terrorífico. No habían visto nada, solo habían certificado la muerte del abogado y habían creado un perímetro de seguridad. Eran agentes veteranos, sabían hacer bien su trabajo y agradecieron mucho poder volver a sus ocupaciones habituales. La vida llena de muertos no era para ellos, que preferían lidiar con los baches de la ciudad, con los conductores cabreados, con los recortes de sueldo y la incertidumbre de una jubilación cada vez más cercana.

El segundo coche patrulla de los nuestros llegó en siete minutos y empezaron la rutina. Separar los posibles testigos y delimitar la zona del crimen. Diez minutos más tarde me llamaron. Antes ya habían llamado a Zé Coelho, mi compañero, o sea que su llamada fue la segunda de la mañana y no era agradable.

—João, ya he llegado. Tienes que venir enseguida.

—De acuerdo, no toquéis nada. ¿Están los de la científica?

—Sí.

—¿Quién?

—Berta.

—Bueno, al menos es buena.

—Y está buena.

—Ahora no estoy para bromas. Tardo un cuarto de hora, ¿OK?

—OK. Iré empezando.

Las sábanas olían a sudado. Perfecto. Como mínimo habría desechado una buena parte del alcohol a través de los poros de mi piel y así la resaca sería más llevadera. O como mínimo tenía esta esperanza. Salí de mi apartamento de la Praça das Flores y maldije la puñetera calor que había llegado de repente. La ventaja de quedarte dormido con la ropa puesta es que al día siguiente no te hace falta vestirme, aunque hedía a sudor de ginebra y a tabaco, pero tenía demasiado dolor de cabeza como para buscar ropa limpia. Tal vez ni siquiera tenía. Eso sí, el olor a tabaco no se me podía atribuir. Yo no fumo, pero en Lisboa no se puede salir de noche sin volver a casa pareciendo un candidato a cáncer de pulmón. Todavía no había llegado la civilización que prohibía fumar en los locales públicos. Nunca seríamos Europa, por mucho que desde Europa nos interviniesen. Como mucho seríamos una colonia.

La moto arrancó a la primera, como si la hubiese engrasado el día anterior. Y eso que era una Montesa Impala 250 centímetros cúbicos modelo USA que había comprado el 1995 en Barcelona, pero que en realidad había salido de

fábrica veinte años antes. Solo tenía un defecto, la velocidad máxima era de 155 kilómetros por hora, pero en Lisboa la velocidad no era lo que contaba. Lo verdaderamente importante era la pericia. Si no eras un buen conductor las subidas y bajadas jugaban contra ti constantemente. Y los agujeros. Y las piedras del suelo. Y todo el resto de peligros de una ciudad que se iba desdentando a marchas forzadas. Y con los atascos infernales la moto te permitía ir por cualquier lado hasta tu objetivo. Nadie la tocaba, nadie la miraba, porque en la plaza todo el mundo sabía que la moto era mía y que si alguien le hacía algo y yo conseguía saber quién había sido se podía preparar para recibir un tiro en la rodilla con una arma no reglamentaria. Y durante toda una vida de cojera recordaría el mal día que escogió para maltratar una pieza de museo.

Tenía la cabeza como un bombo, pero la bajada por la Rua da Escola Politécnica me ayudó a aclarar algunas ideas. La noche había sido larga, demasiado larga. Habíamos resuelto el caso de la violación y estrangulamiento de una chica en el Alto da Pina y habíamos salido con algunos compañeros a celebrarlo. Lástima que no pudiésemos celebrar que la chica estaba viva y que nuestro trabajo de prevención había cumplido su cometido. La chica estaba muerta, pero el violador no volvería a violar a nadie más. A nuestra paliza se le sumaría la que le pegarían en prisión. Porque ya nos encargaríamos de filtrar entre los presos las barbaridades que había cometido. Y ya nos encargaríamos que se hiciese justicia.

Zé se había retirado pronto, solo había venido con nosotros a tomar las primeras cervezas de la noche. En casa le esperaban su mujer y su hija y les había prometido que irían al cine juntos, así que se fue cuando todavía estábamos en el bar de Luis, al lado de la comisaría, empezando la noche. Tal vez beberíamos para evitar nuestra frustración. Porque en el fondo haber atrapado al violador y asesino a penas era un pequeño premio, el consuelo, el mal menor. No habíamos sabido proteger a aquella chica. Nuestra sociedad hacía aguas por todos lados y nosotros solo salíamos

a celebrar que habíamos sido mejores cazadores que él. Pura animalidad.

Era miércoles y una de mis primas cantaba fados en un bar de la Alfama, así que fuimos hacia allí. Comimos cuatro cosas para picar y nos las cobraron a precio portugués, sin tener que pagar el impuesto turístico, y así entretuvimos el hambre hasta la hora de la actuación. Ayudaba bastante el hecho de dejar las placas sobre la mesa. Ayudaba el hecho de llevar las armas sobresaliendo en algunos lugares de nuestra ropa.

El vino de la casa era malo, pero como lo habían puesto en la nevera estaba frío y entraba bien. La salida era mucho peor. Desde allí hubo algunos que ya se fueron a casa, otros a las Docas —los más jóvenes— y yo hacia el Bairro Alto. Había nacido y me había criado allí y sabía todos los lugares que infringían la normativa municipal y cerraban las puertas a las dos de cara a la galería pero continuaban la fiesta hasta bien avanzada la noche, concretamente hasta las cinco de la mañana. El error, el único error importante había sido pedir ginebra. Porque en Portugal la ginebra que tenemos en los bares ínfimos como los del Bairro Alto solo se puede usar para limpiar la barra de los bares. Pero aquella noche tenía ganas de beber alguna cosa fresca y que no tuviese el gusto dulce de la Caipirinha. Y me había pasado al *gin-lemon*. Error, cagada, resaca.

Zé estaba en medio de la gente coordinando los interrogatorios. Aparqué al lado de los coches patrulla. No me saqué las gafas de sol. Habría sido un suicidio de retina. Con aquella pinta debía parecer uno de los actores de *Miami Vice*. Solo que cobraba un poco menos y por suerte era un poco menos gilipollas que Don Johnson.

—Hola, João.

—Buenos días, Zé. ¿Qué tenemos?

—Se llama João d'Almeida y es abogado, trabaja aquí al lado. Le han pegado cinco tiros desde una moto de gran cilindrada y han huido corriendo. Tres en la cabeza, lo que demuestra la gran pericia tanto del conductor como del tirador.

—Sí, no es fácil dar en el blanco en estas circunstancias.

—En absoluto. Los otros dos tiros han ido a parar al tórax. Uno en el corazón. Quien haya hecho esto sabía qué hacía y cómo lo hacía.

—Ya lo veo. ¿Tenemos testigos?

—Una docena, pero nadie ha visto nada claro. Solo eran dos tipos vestidos de negro con un casco negro en una moto potente que ha cruzado la avenida en un suspiro. Como si fuesen dos fantasmas.

—Pues lo llevamos crudo. Voy a ver si Berta nos puede decir algo.

—De acuerdo.

Ciertamente, tenía que reconocer que Berta estaba buena. Alta, morena y con ojos azules, tenía una treintena de años que hacían que fuese como la fruta en su momento de máximo esplendor. Pero yo no estaba para mordiscos.

—Buenos días.

—Buenas tardes, inspector Da Luz.

—Dime, ¿tenemos algo?

—Está la marca de la moto al arrancar y al ponerse a máxima velocidad. Todavía no lo hemos comprobado pero yo diría que es una Honda CBR 600 o alguna moto parecida. Pero esto te lo estoy diciendo como aficionada a las motos y no como científica. Sea como sea, tiene las ruedas suficientemente anchas. De todas maneras, aunque tengamos que esperar para saberlo, ya he dado aviso a los patrulleros para que la busquen y supongo que pronto sabremos algo.

—Perfecto. ¿Qué más?

—Nada especial, están los cinco casquillos de las balas y parece que eran de una Beretta, o sea que tampoco podemos tirar por aquí porque es una de las pistolas y modelos más fáciles de conseguir en cualquier lado.

—De acuerdo, buen trabajo. ¿Cuándo llegará el forense?

—Mira. Ahora mismo.

Pedro Castro se había hartado de ver bocas podridas tanto en el hospital público en el que había trabajado como en la clínica privada en la que se dedicaba a hacer empastes y matar raíces de muelas bien podridas. Como ya sabía que aquello de las caries no le acababa de gustar, por la noche estudiaba para hacer las pruebas de especialización en medicina forense y legal que le llevarían a dejar la podredumbre bucal para contemplar la podredumbre general. De hecho, Pedro Castro, a pesar de su juventud —simbolizada por una ortodoncia que todavía le hacía parecer más pollito de lo que en realidad era y que durante su época en la consulta dental le había servido para terminar de convencer a algún paciente especialmente miedica con el argumento que si aquello fuese doloroso él no se lo habría hecho nunca— era un forense excepcional que había llegado tarde a la profesión pero que lo había hecho con pasión, y por eso estuve contento que fuese él el médico que nos habían asignado. Era uno de los pocos profesionales que todavía ponía pasión en el trabajo, cosa que si miraba a mi alrededor no podía decir de todo el mundo, pueblo indolente y desgano como somos a veces en las cuestiones laborales.

—Hola, João.

—Hola, Pedro.

—Haces mala cara. Por no hablar de este hedor a sudado y a ginebra. Así no conseguirás ninguna amante para esta noche.

—Digamos que fue una noche larga.

—Ya.

El doctor se aplicó sobre el cuerpo. Veinte minutos después autorizaba que trasladasen el cadáver al depósito donde le practicaría la autopsia pertinente.

—De todas maneras la causa de la muerte es obvia. Nadie sobrevive a un tiroteo como este.

—Me lo figuro, pero tal vez la autopsia nos dirá algo nuevo.

—Ya sabes que los muertos siempre hablan.

Pedro Castro se fue al trabajo después de pronunciar su frase favorita. Tanto era así que en el bar del hospital en el que se encontraba el depósito de cadáveres habían llegado a bautizar con el nombre de “los muertos siempre hablan” un bocadillo especial de la casa hecho de todo tipo de embutidos mezclados. Puras vísceras en estado puro en honor al médico forense. A su favor había que decir que si hacía falta trabajaría más horas de las necesarias para que al día siguiente pudiese tener los resultados de sus análisis. Pensar en el bocadillo me había abierto el hambre. Se había hecho tarde, así que le dije a Zé que recogiese y que entrásemos en aquel mismo bar. Total tendríamos que interrogar al propietario y si todavía quedaban chocos *a setubalense* comeríamos como reyes. Y nos lo merecíamos.

Director de la colecció: Sebastià Bennasar

Con la colaboraci3n de


G CONSELLERIA
O PRESIDÈNCIA
I CULTURA I
B IGUALTAT
/



**institut d'estudis
baleàrics**

© del text: Sebastià Bennasar Llobera, 2019
Autor representat per Sandra Bruna Agència Literària

© de esta edici3n: Milenio Publicaciones, S L, 2019
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com

Primera edici3n: noviembre de 2019

ISBN: 978-84-9743-886-5

DL: L 1.169-2019

Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducci3n, distribuci3n, comunicaci3n pùblica o transformaci3n de esta obra solo puede ser realizada con la autorizaci3n de sus titulares, salvo excepci3n prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Espaol de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algùn fragmento de esta obra.